

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## EL VERDADERO ROBINSON.

## CAPITULO VIII.

Nueva invasion.—Selkirk encuentra con júbilo á un enemigo antiguo.—Combate en un cedro.—Una madre y sus hijuelos.—El rebaño.—Fiesta en la isla; luchas apacibles, diversiones y juegos en el columpio.—Una vela.—El bosque incendiado.—Presentimientos de Marimonda.

Al día siguiente, cuando el sol apenas se divisaba en el horizonte, dormía todavía Selkirk, y sintió que le hacían cosquillas en los pies. Creyendo que era alguna caricia de Marimonda, que habría madrugado mas que lo que tenía de costumbre, entreabrió los ojos y como nada vió, se volvió al otro lado para continuar su sueño. A poco rato se renovó la misma operación pero con mas fuerza y alguna cosa punzante penetró en la encallecida piel de su talón. Las cosquillas se habían convertido en una mordedura.

Bien despierto aquella vez, levantó la cabeza y vió que su cabaña estaba llena de ratas.

Cerca de él había una banda de ellas, ocupadas tranquilamente en roer sus mantas y las cañas de su cama: trepaban por la mesa, las sillas, las paredes, y los postes: entraban y salían por la puerta y las claraboyas del techo, multiplicándose por todas partes: unas roían su sombrero de piel de foca, su saco del tabaco y los adornos de corteza de los muebles: otras los mangos de sus herramientas, los tubos de sus pipas, y hasta su Biblia y el cuerno de cabra que tenía con pólvora.

Selkirk dió un grito, se arrojó de la cama, aplastó con sus pies cuantas encontró al paso, y las restantes emprendieron la fuga.

Persiguiendo á golpes á aquella nueva raza de invasores, vió á algunos pasos de él á Marimonda encaramada en un árbol. Al ver su aspecto triste y su pelo erizado y chorreando agua, no dudó que había pasado allí toda la noche espuesta á la intemperie, pero lo atribuyó á su mal humor de la víspera.

Marimonda en cuanto le vió, bajó del árbol, triste, pero siempre expresiva y cariñosa, y con gestos de terror le enseñó la gruta.—Inmediatamente corrió á ella.

Allí le aguardaba otro espectáculo de desorden y de trastorno: las ratas andaban á millares: sus pieles, sus provisiones de fruta y de caza, sus odres, antes llenos de aceite, todo estaba saqueado y hecho pedazos: además todo se hallaba inundado porque el agua había penetrado por las grietas de la montaña. Para colmo de desgracia, su reserva de pólvora, á pesar de su doble cubierta de cuero y asta, derramada por el diente voraz de los agresores, nadaba en medio de un fango oleaginoso.

El isleño no poseía ya para sus cacerías y para la renovación tan necesaria de sus provisiones, mas que las cargas que contenían su frasco portátil y los cañones de sus fusiles. El golpe que acababa de recibir era su ruina, y sin embargo, aun no había llegado la prueba mas dura que le estaba reservada.

Penetrando las lluvias de invierno, en las profundidades de la tierra, habían echado á las ratas de sus vivares, de lo cual provenía la invasion de la cabaña y de la gruta.

Contra tantos enemigos, ¿qué podía hacer Selkirk reducido únicamente á sus propias fuerzas?...

Verdad es, que consiguió matar algunas, y aun la

misma Marimonda armada con una rama, le servía de auxiliar para ponerlas en fuga, pero sus esfuerzos combinados eran infructuosos. Una hora despues, la raza maldita pululaba en derredor suyo, en mayor número y mas encarnizada que antes.

Entonces comprendió la grave falta que había cometido con la completa destruccion de los gatos que poblaban la isla. Con las mejores intenciones, ¿qué hombre es el que no está espuesto á engañarse? Cuando cree deshacerse de un enemigo, se priva de un protector. Solo Dios sabe lo que hace, y ha admitido el mal aparente, como principio, en la admirable composicion de su universo; deja vivir á los malos. Selkirk había sido mas severo que Dios, y se arrepentía. Si los pobres gatos no hubieran sido mas que desterrados, seguramente se habría apresurado á conceder una amnistia general. ¿Ay.... no hay amnistia para la muerte.... ¿Mas los ha-

mera vez á internarse en los bosques y matorrales, situados entre las colinas del centro de la playa y el *Falso Coquimbo*, cuando un ruido mas dulce á su oído, mas arrebatador para él que el canto de una sirena, le hizo detenerse de repente, y quedarse como en éxtasis; era el maullido de un gato.

Aquel animal, de mucha talla, piel listada como la de una cebra, y el pelo muy lustroso, estaba subido en un cedro, desde donde sin duda acechaba alguna presa. Era un antiguo resto que había podido librarse de la matanza general; el último quizá de los vencidos.

Sin titubear, Selkirk se abraza al tronco del árbol, y trepa por él hasta las primeras ramas; Marimonda le sigue y bien pronto le pasa. Al ver aquellos dos agresores velludos como él, el gato se retira subiéndolo siempre, y el mono le persigue de rama en rama hasta la copa del árbol. Una zarpada que recibió en la espalda,

le hizo retirarse á su vez, pero siempre bajando, y desde la primera escaramuza, se declaró vencido, y renunció inmediatamente al combate, ó mas bien al juego, porque no fué otra cosa.

Selkirk no se desalentó: le hace falta aquel gato, y le necesita vivo: quiere hacerle guarda de la cabaña, y su protector contra las ratas. Tres veces logra agarrarle y otras tantas el animal enfurecido le desgarró las manos y la cara. Aquella era una lucha terrible, encarnizada, mezclada de juramentos y maullidos espantosos. Por último, Selkirk, olvidando tal vez en el ardor del combate el objeto de la victoria, le agarró vigorosamente por la piel del cuello á riesgo de ahogarle, y con la otra mano le apretaba por el lomo de un modo capaz de partirsele. La dificultad estaba entonces en llevarle. Afortunada-

mente tenía allí su morral de caza: con una mano aprieta al animal contra el aborquillado tronco del árbol y con la otra acerca el zurrón y le abre un poco: el animal vencido, domado y medio muerto no hizo durante aquella maniobra el menor movimiento de resistencia.... Mas cuando el cazador se disponía á encerrarle, haciendo un esfuerzo desesperado, logró escaparse y se precipitó desde lo alto del árbol, con gran espanto de Marimonda, que entonces se encontraba pacíficamente acurrucada al pie, y á la cual rozó al caer y con sumo disgusto de Selkirk que creía tenerle ya seguro en el morral.

Habían cesado las lluvias: las tempestades de invierno, siempre acompañadas de calores escesivos y espe-

Deslizándose por el tronco, Selkirk se apresuró á bajar al suelo, pero ya había desaparecido el enemigo sin dejar huella alguna. En vano mira por todos lados, ni ve á su adversario, ni á Marimonda, fugitiva también sin duda por la impresion de su último terror.

Quando ya iba desesperándose oyó un silbido familiar á su oído, y á doscientos pasos, sobre una eminencia del *falso Coquimbo* vió á su mono agachado á manera de observacion, que parecia muy atento á lo que pasaba debajo de él y que solo cambiaba de postura para hacer con rapidez señas repetidas á su amo.

Dirigese hacia aquella parte á todo evento. ¿Qué espectáculo le esperaba?... En una especie de madriguera abierta al pie de la altura en donde se hallaba Marimonda, vió echado y sofocado todavía con la lucha y la carrera á su fugitivo, ó mas bien fugitiva, porque era una madre y seis gatitos ya grandecitos que jugueteaban al sol cerca de ella.

Selkirk, armado con su cuchillo, mató á la madre y se llevó los hijuelos....

Poco tiempo despues, las ratas habían abandonado la playa. Pero su desaparicion si bien evitaba el mal que todavía podían hacer, no remediaba el que ya habían causado.

Las provisiones de boca del isleño estaban casi en-



Selkirk asistiendo á Marimonda.



Diversiones de Selkirk.

sas nieblas, no entristecían ya la isla con tinieblas anticipadas, ó con el lúgubre estruendo de un continuado trueno; el sol, aunque con su disco algo empañado con la niebla acababa de secar los restos de la inundacion. Selkirk, seguido de Marimonda, se aventuró por pri-



teramente destruidas, y la poca pólvora que le quedaba apenas era suficiente para formarle una reserva, que no sabe como renovar en adelante.

Llega por fin el momento en que no posee mas municiones de guerra que la carga que contenía su fusil. ¿Con cuánto cuidado conserva ahora aquella carga que era su último y su mas precioso recurso? ¡Mientras que la tenga allí, podrá creerse todavía armado, todavía poderoso!... aun no se le han concluido los recursos: es su esperanza suprema.... ¿Quién sabe?... tal vez la necesitará para proteger su vida en una circunstancia que no puede prever....

Mas puesto que su inactivo fusil debe quedar colgado en la pared de la cabaña ya es tiempo de pensar en suplir el servicio que le hacia; ya es tiempo de realizar completamente su sueño, y siguiendo la marcha ordinaria de toda civilización naciente, hacer que a la vida de cazador, suceda la de agricultor y pastor.

Su colonia se ha aumentado con seis nuevos huéspedes pertenecientes a la casa: por todas partes van naciendo ya sus semillas y brotando los plantíos con las mejores apariencias: sus arbustos adquiriendo consistencia en su base, se han desarrollado rápidamente bajo la doble influencia de la humedad y del calor: en algunos, ha visto ya con alegría apuntar el boton, esperanza de la recolección. Ahora pues, debe ocuparse en los medios de sorprender, de apoderarse, y procurarse los padres y las primeras crías de su futuro rebaño.

Para esto solo pueden serle útiles la paciencia, la destreza ó la astucia.

A pesar de su natural agilidad, no tiene que pensar en alcanzarlos a la carrera. Desde sus últimas cacerías, las cabras se mantenían en los sitios mas montuosos y escarpados de la isla. Saltar de peñasco en peñasco, y competir con ellas en velocidad, le parecia con razon una empresa temeraria é impracticable. Mas tarde quizá... ¿quién sabe?

Fabrica lazos y trampas; pero la desconfianza se halla siempre a la órden del día en derredor suyo, y todos se mantienen alerta. Despues de esperar largo tiempo sin resultado alguno, un día encontró en sus lazos un coati y unos conejillos de Indias: aquello es sin duda un recurso, pero él aspira á algo mas, y los cabritos no se dejan coger en sus redes.

Entonces se acordó de que en ciertas partes de América, los cazadores, para coger las reses vivas, usan el lazo, que es una cuerda larga que termina en un nudo escurridizo, que saben arrojar á larga distancia, y casi siempre á golpe seguro.

Con un hilo que obtuvo de las fibras del aloe, y unas correitas, fuertemente trenzadas, arregló un lazo de mas de cincuenta pies de largo y comenzó á hacer ensayos primero en alguna piedra que sobresalía del suelo y luego con Marimonda que dejaba muy mal parada con su velocidad la destreza de su amo, la mayor parte de las veces.

En el intervalo de aquellos ejercicios preparatorios Selkirk se ocupó en formar con estacas y ramas entrelazadas una especie de corral para encerrar el ganado que no posee aun mas que imaginariamente: le hizo ancho y espacioso para que los cabritillos pudiesen correr y saltar á su gusto; pero bastante alto para que tuviesen que respetar los límites que les habia señalado. En un rincón, y sobre postes muy sólidos, construyó un cobertizo con ramas en donde su rebaño irá á buscar la sombra durante el calor del día: el corralon y su cobertizo, situados á la izquierda de la cabaña, enlazándose con el jardín forman una dependencia de su gran establecimiento de la playa.

Cuando sus cabritillos sean ya cabras, cuando llegue la época de su domesticidad, cuando hayan contraído hábitos de mansedumbre y conozcan su voz, entonces, y solo entonces les permitirá andar libremente y pastar por los collados inmediatos bajo la dirección de un guarda vigilante. ¿Y dónde encontrará éste? ¿Por qué no ha de ser Marimonda?... Marimonda tiene una inteligencia que él no puede saber hasta donde alcanza.

Sueños, sueños tal vez, pero sin ellos, sin las dulces fantasmas que se crea y de que se rodea, ¿quién sostendría el valor del solitario?...

Cuando Selkirk se cree ya regularmente adiestrado en manejar el lazo se interna en las montañas situadas en la parte central de la isla. Pasaron muchos días en que sus tentativas fueron infructuosas y cuando plegándose las hojas de los mimosas le anunciaban la proximidad de la noche, volvía á su cabaña taciturno, pensativo y desconfiado para el porvenir.

Sin embargo, sus mismas equivocaciones le sirvieron de experiencia. Una noche regresó á su vivienda con dos cabritillos que apenas les despuntaban los cuernos. Marimonda recibió con mucho agasajo á sus nuevos huéspedes, y aquella noche todo respiraba alegría y tranquilidad en la habitación.

No pasó la semana sin que el número de las cabras de Selkirk escudiesen al de sus gatos: se divertía en verlos saltar y brincar juntos por el corral y su ánimo se serenó completamente.

—Si, dijo con orgullo, el hombre puede bastarse á sí mismo, y no deber mas que á él su existencia y bien estar. ¿No tengo una prueba bien palpable de ello?... ¿No parecia perdido todo para mí cuando una catástrofe imprevista vino á destruir el resto de la provision de pólvora que debía á la compasión de aquel miserable capitán...? ¡Ah!... ¡sin duda alguna en su rencor habia calculado el término de mi existencia en la última carga de mi fusil y esta carga todavía subsiste!... ¿Para que me servirá?... ¿Acaso la necesito?... ¿Mis recursos para vivir

no son ahora mas seguros y numerosos que antes?... ¿que me falta?... ¿La compañía de un Straddling ó de sus semejantes? Dios me libre de ella... Lo mejor que habia en el brick el *Espadon* salió de él al mismo tiempo que yo. Mas pruebas de adhesión y de afecto he recibido de Marimonda, que de todos los compañeros que he tenido en tierra y á bordo. ¿Qué he de echar de menos?... Estoy aquí muy bien: ¡plegue á Dios conservarme el reposo y la salud!...

Despues de este soliloquio, pensó en sus colmenas que aun le faltaban, y en los medios que debía emplear para apoderarse de un enjambre de abejas.

Un mes despues, Selkirk, que anotaba religiosamente sus efemérides en las márgenes de su Biblia, resolvió celebrar la entrada de año, pues era el día primero de enero de 1706.

Por escepcion, comió no en la cabaña ni debajo de un árbol, sino en medio de su cerrada ó corral, rodeado de todos sus animales: las frutas y viandas fueron mas abundantes que de costumbre, y Marimonda comió en la mesa con él: los gatos tambien comieron, aunque poco; los cabritos se ponían en dos pies para mirar con sus alegres ojos azules las cestas en que estaban las frutas, y despues volvían á su posición natural, para pastar la yerba á los pies de los convidados. Selkirk, como verdadero amo de la casa, como jefe de la familia, distribuía generosamente los viveres á su jóven y retozona república, y Marimonda le ayudaba como mejor podia, á hacer los honores.

Despues de la comida, hubo carreras y asaltos; lo que quedó en las cestas se arrojó á los mas hábiles é intrépidos, y en seguida hubo columpio y otros juegos.

Recostado en su hamaca, en donde fumaba su tabaco mas escelente, en la mejor de sus pipas, Selkirk contemplaba con la sonrisa en los labios, los caprichosos saltos y los gestos de los gatitos y cabritos, sus graciosas posturas, sus combates fraternales, en que las únicas armas de que se valían por una y otra parte, eran las uñas escondidas y las astas inofensivas.

Para realizar mas la fiesta, Marimonda desplegó todos sus recursos y agilidad: saltaba de derecha á izquierda, atravesando largos espacios con sorprendente destreza. Cuando llegaba á la cima de un árbol, silbaba para llamar la atención á su amo: despues, cruzando sus dos manos con las piernas y haciéndose una bola, se dejaba caer á plomo, y aunque parecia que el golpe debía ser mortal, aquello no era para ella mas que un juego. Sin que sus miembros se apartasen de su primitiva posición, se detenía de repente en su rápido descenso por medio de su cola, aquella especie de quinta mano tan poderosa, con que la naturaleza ha dotado á los monos de América. Colgada entonces únicamente de aquel miembro, aceleraba con increíble rapidez sus movimientos de subida y bajada, desenroscaba airoosamente su cola de la rama á que la tenia asida, atravesaba de un salto los aires como si volase, é iba á caer á cien pasos de allí sobre una liana que la servia de columpio.

Selkirk estaba maravillado: aplaudía los ejercicios de agilidad y fuerza de Marimonda, y los juegos y luchas de sus demas súbditos: ciertamente, jamás se habia creído mas dichoso. Sin embargo, habiendo vuelto la vista hacia el mar, su frente se arrugó con ceño repentinamente. Al cabo de algunos instantes de un exámen inquieto y lleno de emociones, lanzó un grito, se arrojó de la hamaca, corre á su cabaña, luego á la ribera, y se prosterna en ella juntando las manos y elevándolas hacia el cielo.

Acababa de ver una vela.

Provisto de su antejo la busca en las olas, y por fin la encuentra.

—Sin duda es una barca dijo, una barca que ha salido de una isla vecina, ó de algun punto del continente.

Cuando la tiene al cabo de su tubo de cobre, distingue claramente tres mastiles con muy buenos aparejos y blancas velas que se hinchán con el viento del Este, y que el sol dora con sus oblicuos rayos.

—¡Es un brick! ¡el *Espadon*, tal vez!... ¿Si Straddling habrá prolongado su excursion por aquellos mares?... ¿Habrá ya pasado el tiempo que habia fijado para mi destierro?... Viene á buscarme... bendito sea.

Un movimiento de estribor que hizo entonces el brick como para dirigirse á la isla, alentaba mas y mas la esperanza de Selkirk, cuando se desarrolló de repente ante sus ojos el pabellon español enarbolado en la popa.

—¡El enemigo!... exclamó: ¡desgraciado de mí!... ¿Si aborará esta costa á donde huiré, á donde me ocultaré en las montañas?... Justamente; allí conseguiré evadirme de ellos. Pero los miserables van á destruir mi cabaña, mi cercado, mi jardín, el premio de todas mis fatigas y afanes!...

Y con el corazón palpitante, acecha de nuevo la maniobra del brick. Este, despues de dar muchas bordadas, como para ceñir el viento, varió bruscamente de dirección, y ganó la alta mar.

Selkirk se quedó estupefacto, abrumado... Son españoles, murmuró despues de un instante de fluctuación ¿qué me importa?... ¿Soy yo ahora su enemigo?... No soy mas que un colono, un condenado, un desertor de la marina inglesa... Me deben protección y auxilio como cristiano... Si lo exigen, serviré á su bordo.... Pero se alejan; ¿qué medio emplearé para llamarlos, para significarlos mi presencia?...

No tenía mas que uno y era encender una hoguera en la playa ó sobre una colina. Necesitaba para ello haces de leña, y su provision se habia acabado, ¿qué debía, pues, hacer?

Hubo un momento que en la turbación de su espí-

ritu le ocurrió la idea de arrancar las ramas que formaban su cercado, los pilares y el techo de su cabaña incendiario todo.

Pero rechazó con presteza semejante pensamiento que era suficiente para dejar penetrar lo que pasaba en lo mas recóndito del corazón de aquel hombre, que todavía se afanaba en creer que habia felicidad posible para él.

Mejor inspirado, se acordó que detrás de su gran al pie de la montaña, habia un espeso matorral, en que los árboles embarazados con las enredaderas y zarzas secas, apretados unos con otros, calcinados por las abrasadoras reverberaciones del sol en el peñasco que los rodeaba, presentaban un conjunto de ramas y troncos secos, que apenas tenían una leve apariencia de vegetación.

Trasladó allí todos los tizones que encontró en el hogar, los hizo un monton, y encima colocó cortezas y hojas secas. Bien pronto corrió la llama por la maleza, cuando se puso el sol, una inmensa columna de fuego iluminaba toda aquella parte de la isla, y proyectaba su claridad bastante lejos en el mar.

De pie en la ribera, Selkirk, pasó la noche con los ojos fijos en las olas, con el oído atento, por si acaso percibía el ruido de la estela: pero nada se ofreció á su vista en las resplandecientes aguas, ni oyó mas ruido que los chasquidos de los árboles y enredaderas que eran pábulo de las llamas.

Por la mañana todo habia desaparecido: el incendio se habia apagado sin salir de sus límites, y la mar, en la mas tranquila calma, no presentaba sobre su superficie mas que algunas bandadas de gaviotas.

Durante una semana, Selkirk estuvo pensativo y taciturno; rara vez se alejaba de la playa: aunque presenciaba los juegos de sus cabritos y de sus gatos, no sonreía: Marimonda, para distraerle, comenzaba delante de él sus sorprendentes ejercicios de volteo, pero la atención de su amo estaba en otra parte.

Sin embargo, no le era dado el entregarse de continuo á sus meditaciones impunemente: su reserva de carne ahumada, iba concluyéndose: para economizarla, recurrió de nuevo á las ostras y pescados que su estómago repugnaba, y á las langostas de mar de que ya estaba cansado: para reanimar sus fuerzas, le era preciso otro alimento. Sacudió su letargo, y volvió á tomar su lazo y sus arreos de caza. Entonces, no pensaba perseguir á los cabritos, sino á las mismas cabras.

Cuando iba á emprender la marcha, Marimonda se colocó á su lado para acompañarle. En la disposición de ánimo en que se encontraba Selkirk, deseaba estar solo, y la hizo comprender por señas, que debía quedarse para guardar el rebaño; pero aquella vez, contra su costumbre, no parecia muy dispuesta á la obediencia. A pesar de sus órdenes, le sigue, se para cuando se vuelve, continua siguiéndole, y con sus miradas suplicantes y expresivas pantomimas, procura obtener la autorización que se obstina en negarla. En fin, Selkirk, alza la voz, manera de reprensión, y se somete, aunque con tristeza y abatimiento, parece formular una protesta.

¿Era aquello por su parte capricho ó prevision? Ninguno sabe el secreto de esos inesplicables instintos que indican algunas veces á los animales la presencia de un enemigo invisible ó la proximidad de un desastre.

Por la noche no habia vuelto Selkirk, y Marimonda la pasó aguardándole y lanzando lastimeros quejidos.

Al día siguiente, pasó la mañana, la tarde y la noche, y la cabaña permanecía desierta. En vano Marimonda trepó á las cimas de los árboles y de las colinas inmediatas para ver si descubria las huellas de su amo. ¿Qué le habia, pues, sucedido?...

(Se continuará.)

## CRONICA TEATRAL.

Séanos licito comenzar nuestra crónica con una observación no desatendible.

En el escaso tiempo transcurrido desde que principiaba la actual temporada cómica, hasta el día en que escribimos este artículo, la escena española ha cambiado de aspecto, ha modificado notablemente su carácter, sus antiguas tendencias.

No solo ha aparecido enriquecida con dos elegantes teatros, el Real y el nuevo de Variedades; no solo ha visto crearse ó renacer de sus cenizas otros dos, el de el Drama y el de la Opera española; sino que en todos los demas se encuentra algo nuevo, algo que nos quiere prometer una regeneración á la vez moral y literaria, en cuanto lo permite la escasa afición del público á las representaciones en que no hay canto ni baile.

Acabóse ya la prolongada lucha entre la Fuoco y la Guy, que alimentó tres meses seguidos las gacetas y las revistas teatrales. Cesaron los certámenes de parrillas españolas, donde las flores y las coronas se degradaron cuanto es posible en los límites de esta clase de degradaciones. En su lugar el teatro Real ofrece gratos certámenes líricos, en que se disputan los aplausos de escelentes cantatrices; el teatro Español nos da variadas y escogidas funciones, que le reconquistán poco á poco su perdida clientela; el teatro del Instituto sustituye á las groseras y repugnantes verduras de la temporada anterior lindas comedias en que ganan considerablemente el arte y el público; y el de Variedades, escusado es decirlo, concurre por su parte á amenizar tan bello cuadro.

Adonde quiera que hemos vuelto la vista en estos



últimos días, solo hemos encontrado motivos de satisfacción, ocasiones de elogiar cumplidamente y sin reserva á los autores de las nuevas producciones y á los actores encargados de interpretarlas.

Pero su número es crecido, la colección muy variada, nuestro tiempo y nuestro espacio en las columnas de LA SEMANA muy corto. Digamos, pues, dos palabras sobre cada teatro, que si no bastan á juzgar tantas y tan notables producciones, bastan á dejar consignada la buena voluntad con que nos adherimos á los aplausos que el público les prodiga.

La costumbre y la moda, á que no nos es dado resistir, colocan al TEATRO REAL en primera línea cuando se abordan cuestiones teatrales. Consagrámosle pues, nuestros primeros elogios. Elogios decimos, porque ahora no tenemos en cuenta para nada al coliseo de la plaza de Oriente, sino á las cantatrices que todas las noches se ven en él coronadas con unánimes y estrepitosos aplausos.

No será necesario decir que aludimos á la Alboni y á la Frezzolini: á la inimitable cantora de la *Favorita* y de la *Sonambula*, á la espresiva é inteligente intérprete de los *Puritinos* y de *Beatrice di Tenda*.

No conocemos sin embargo, dos notabilidades cantantes cuyos méritos respectivos tengan entre sí menos puntos de contacto que la Alboni y la Frezzolini.

La Alboni posee una voz clara, sonora, magnífica, sin igual, que recorre con la misma facilidad todos los puntos de la escala desde el mas bajo del contralto hasta el mas alto del tiple: la Frezzolini tiene una bonita voz de tiple, pero de menos estension y tambien de menos fuerza. En cambio la Alboni no hace otra cosa que usar bienamente de sus grandes facultades, mientras la Frezzolini saca de las suyas un inmenso partido. La Alboni ejecuta con una naturalidad que á veces degenera en frialdad; la Frezzolini canta con sumo estudio y con una gran dosis de espresion y de sentimiento. En fin, la parte mimica, que apenas se echa de ver en la primera, es en la segunda muy notable y de mucho efecto en el teatro. De suerte, que en nuestra humilde opinion, ni la Frezzolini puede competir en la voz y en la ejecucion con la Alboni, ni esta con aquella en el sentimiento y la espresion. Añadiémos con uno de nuestros amigos que en la Alboni todo es obra de la naturaleza; en la Frezzolini casi todo es obra del arte; que el canto de aquella se admira mas que se siente, y el de esta se siente mas que se admira.

Mas no seríamos justos si no añadiésemos que en las últimas noches hemos oido ejecutar á la Alboni el acto final de la *Sonambula*, con una dulzura y una espresion que no habíamos notado en las primeras representaciones de esta ópera.

Olvidemos ahora las melodías musicales para ocuparnos, aunque brevemente, de las bellezas poéticas que nos han ofrecido los teatros de verso.

Comenzaremos diciendo que para ocuparnos dignamente de la comedia estrenada en el TEATRO ESPAÑOL con el título de *Jugar por tabla*, fuera menester que tuviesen nuestros artículos otro carácter que el que habitualmente les damos: analizar detenidamente las bellezas que encierra una produccion tan notable, desmenuzar su argumento, hacer ver cuanto hay en él de bueno, de moral, de interesante y de grato al corazón, no es obra para una ligera y desaliñada crónica; y sin embargo, todo esto seria preciso para elogiarla dignamente. Fuerza será que nos contentemos con dar el parabién á sus autores, los señores *Hartzembusch*, *Valladares* y *Rosell*, por haber importado y ataviado con las galas españolas el interesante argumento de la *Gabrielle* francesa, y con aconsejar á los que aun no la han visto que no dejen de procurarse las gratas satisfacciones que habrá de producir en su ánimo *Jugar por tabla* en el teatro Español; solo sentimos que una comedia, toda de sentimiento y de tiernísimos afectos, lleve un título que da una idea muy equivocada de su carácter y de sus tendencias profundamente morales y filosóficas. Esta idea que asaltó á nuestra imaginacion desde un principio, la ha apuntado recientemente un crítico en las columnas de la *Epoca*.

A la representación de esta comedia habian precedido en el mismo coliseo las de algunas otras muy conocidas, de nuestro antiguo teatro: *El mejor alcalde el rey* y *La villana de Valdecas*, han sido perfectamente ejecutadas por los principales actores de la compañía.

A la linda comedia del señor *Galvez*, *Deudas de honor y amistad*, representada con aplauso en el teatro del Instituto, comedia donde tambien abundan los bellos sentimientos y los afectos tiernos, basada en un pensamiento noble y generoso, digno de la excelente versificación en que está escrito, han seguido otras dos no menos bellas, no menos morales, que se han encargado de continuar allí la noble tarea de producir gratas y buenas emociones en el ánimo de los constantes espectadores, de los incansables concurrentes á aquel teatro. Hablamos de *Una muger literata*, comedia de costumbres, cuyo objeto es poner en ridículo á la muger que ejerciendo la profesion de las letras, abandona su casa y sus hijos, y está próxima á causar con esta manía la ruina de su marido: excelente pensamiento, muy bien desarrollado por su autor, el señor *Gutierrez de Alba*, adornado con una versificación fácil y armoniosa, y cuyo desarrollo nos dejaria poco que desear si su autor suprimiese en ella algunos chistes que vienen á desarmonizar algun tanto su agradable conjunto. Nos referimos tambien á la comedia del señor *Fernandez Guerra*, *Merecer para alcanzar*, cuyo argumento es en extremo interesante, donde hay excelente fin moral, bellísimos caracteres, buena versificación y otras dotes

tanto mas apreciables cuanto que se dejan entrever en alto grado en la primera obra que su autor ha dado al público. Si es el emblema del señor *Fernandez Guerra* «merecer para alcanzar», mucho se dispone á alcanzar quien tanto merece ya en la aceptacion y en el aprecio del público inteligente.

En *VARIEDADES* no ha habido en estos últimos tiempos ninguna produccion nueva que merezca mencionarse. Pero antes lo dijimos: este teatro no ha querido desentonar el gran cuadro moral que han ofrecido las representaciones de la quincena; y por eso sin duda ha puesto en escena *Con razon y sin razon*, del señor *Rosa Gonzalez*, una de las mejores comedias que de este género se han representado en 1850.

Con la llegada de la *Noche buena* todos los teatros han estrenado comedias, como es antigua costumbre en tales días. De las *funciones de Noche buena* nos ocuparemos espresamente en nuestra próxima crónica teatral, y allí diremos algo tambien del célebre y nunca bien ponderado *Tío Caniyitas*.

J. M. ANTEQUERA.

## HENNA-HANNAHOURI,

CUENTO ARABE.

(Tomado de la colección de los de este nombre).

Era en la ciudad de Damasco. Hacia tiempo que un turco de bello rostro y de mejores formas contemplaba, á través de la escotadura de un velo de muger, la ardiente movilidad de dos grandes ojos negros que se fijaban en los suyos con una dulzura y perseverancia tales, que el buen agareno con su corazón de verdadero creyente, se figuraba estar ya gozando en la tierra las beatitudes prometidas por el Profeta.

Los ojos negros, que como puede suponerse no habian ido por sí mismos á aquel sitio, pertenecian á una musulmana, cuyo *habbarah* de seda azul celeste y unas babuchas de badana encarnada, sobrecargadas de bordaduras, demostraban á tiro de ballesta que la propietaria de tan divinos ojos era muger rica, sino de distincion, al paso que sus largas y espesas pestañas, sus delicadas manos de adolescente y lo que podía distinguirse de su ligero y esbelto talle, daban á entender en buen lenguaje que la susodicha musulmana era jóven y bella por añadidura.

Iba montada sobre un asno en compañía de algunos otros ginetes-hembras, que como nuestra heroína regresaban del baño al trote de las mismas cabalgaduras.

Ya saben nuestros lectores, y sino se lo diremos para que lo sepan, que el asno es un suplente del carruaje en el encantado país de las odaliscas.

Los ojos del turco y los de la mora seguian pues una conversacion, que para ser muda estaba muy lejos de ser silenciosa, y no dejaba por eso de ser comprendida por ambos interlocutores. Habia en las miradas que se dirigian los dos amantes mucho fuego magnético, muchas centellas eléctricas y abrasadoras, muchas confesiones intimas que la boca se hubiera negado á hacer á otra boca; tan grande es, por lo comun, la timidez y el embarazo natural de la lengua, y tanto parece hecha, como ha dicho un célebre diplomático, para disfrazar el pensamiento, mientras que los ojos articulan por el contrario, en alta é inteligible voz sus deseos y sus ansias.

Nuestros dos bellos amantes no se habian visto en su vida: la casualidad los colocaba el uno enfrente del otro, y por la primera vez se decian lo que razonablemente podian decirse, sin faltar al misterioso ritual de los amores orientales, cuando de improviso desembocó por la vecina calle, una numerosa caravana de hombres y camellos, introduciendo el desorden y la turbacion en el grupo de pacíficos corceles de la desconocida y sus amigas. En aquella especie de zafarrancho, que produjo semejante amontonamiento de hombres, camellos y asnos, el que montaba la muger de los ojos negros hizo ademán de arrojar á su ginete por las orejas, lo cual dió á entender á su manera con algunos pares de coces y de mordiscos lanzados á diestro y siniestro sobre los transeúntes. El momento era oportuno, y el turco no vaciló en arrojarle á la brida del asno para contenerle. Entonces, ya fuese por los movimientos vivos y desordenados de la cabalgadura, ya por cualquiera otra causa que no es del caso revelar ahora, la jóven desconocida no se cuidó de mantener el velo tan estrictamente pegado á su frente, como exigia la moda turca, y el hijo de Mahoma pudo notar á su placer, que si hermosos eran los ojos negros con los cuales acababa de hacer conocimiento, no eran sino una parte muy pequeña de los atractivos ocultos hasta entonces por el ladinu manto, que un accidente venturoso desplegaba para él.

Pero ni el manto, ni el velo podian permanecer levantados eternamente, y una mano que aparentaba obrar con lentitud, volvió á colocarlos en la posicion que reclamaban las costumbres musulmanas; mas por breve que fuese el instante durante el cual permanecieron ambos recorridos, la jóven tuvo el tiempo necesario para dirigir una sonrisa de gratitud al turco, que permanecia delante de ella sumido en la embriaguez enervadora del éxtasis. En esto la caravana habia pasado, y el asno que conducia á la jóven mora, volvió á proseguir su marcha á través de las estrechas calles de la ciudad, siguiendo la direccion de una especie de jefe-duña, tan ancha como larga, que era una muger tal vez, pero que por de pronto tenia toda la forma de

un globo aereostático próximo á hincharse de gas.

El turco enderezó sus pasos detrás de la caravana femenina, con el doble objeto de saber en donde moraba su hermosa agarena, y de cambiar en el tránsito algunas de aquellas miradas penetrantes, que descendian al fondo de su alma como las gotas de un licor balsámico y perfumado.

Después de una larga y misteriosa correría por un laberinto intrincado de callejuelas, las mugeres se detuvieron ante una casa de bella apariencia, y en ella penetraron sin detenerse, no sin cambiar antes nuestros dos amantes una mirada de despedida, que queria decir, hasta mas ver, y que en ese sentido fué comprendida por ambos.

El turco se detuvo entonces y procuró reunir sus recuerdos.

—No conozco esta casa, se dijo á sí mismo, y necesito saber á quien pertenece. Y tratando de descubrir mejores indicios, vió venir al *cadi* de la ciudad, que no le era desconocido: su vista fué un rayo de luz para él, pues entonces vino en cuentas de que aquella era la casa del magistrado, y siguiendo el hilo de sus recuerdos, de deducción en deducción concluyó por persuadirse que la jóven á quien acababa de ver, era *Henna-Hannahouri*, la hija del *cadi*, la hermosa sibila, cuya reputacion de agudeza y de talento habia logrado saltar la valla del harem paternal, y estenderse por toda la Siria, como una aura perfumada en el jardín de las poéticas flores de su literatura, que al decir de alguno de sus amantes, y para valernos de una frase oriental, eran tantas que hubiera podido amortajarse con ellas.

Semejante descubrimiento dió sin duda mucho en qué pensar al jóven turco, porque luego se dijo á sí mismo.—Querido amigo, si quieres no intimidar el amor naciente de la hermosa *Henna-Hannahouri*, es necesario que te llares, al menos por algunos días *Ben-Cadour* y que seas hijo de un honrado comerciante de la ciudad. Y el turco, á quien desde este instante llamaremos *Ben-Cadour*, fué á buscar á su nodriza, que le queria como si fuera su hijo, y la declaró el amor que le abrasaba, dándole el delicado encargo de poner en manos de *Henna-Hannahouri*, uno de esos ramilletes simbólicos que en Oriente hacen el papel de billetes alados.

El estudio de la lengua de las flores es el único ramo de instruccion que se cultiva en los harenes; por eso ha obtenido un desarrollo tan admirable, que no llega ni aun á sospecharse entre nosotros. Es una ciencia encantadora que esplica por medio de graciosos emblemas, los sentimientos mas reservados del alma, con sus tintas suaves y delicadas, sus melancólicos éxtasis ó sus apasionados y furiosos extravíos. El ramillete de *Ben-Cadour*, compuesto de las mas bellas flores del mundo, decia en lengua vulgar lo siguiente.

«Astro de belleza: os he visto un solo instante, pero ese instante ha bastado para que mi alma y mis sentidos se hallen todavia deslumbrados por el brillante resplandor, que como el sol naciente, derramais en torno vuestro. Sois bella como *Fatme*, la celeste esposa del Profeta: sed tambien bondadosa como ella, y no os indignéis si cobijada por los rayos de luz que se proyectan de vuestros ojos, la flor de la pasion fructifica en mi alma, y se agita con vuestro divino recuerdo como al impulso de una brisa ondulante y perfumada, que la hace crecer de minuto en minuto, aun cuando en altura aventaja ya á los cedros mas elevados del Líbano, y no aguarda mas que una sonrisa bienhechora vuestra para remontarse hasta el cielo.»

La nodriza era profesora aventajada en esta clase de intrigas, y el ramillete de *Ben-Cadour* llegó sin obstáculo á su destino, con una multitud de comentarios improvisados por la mensajera, que tenian por objeto hacer valer mas y mas los méritos del ramillete, y los muy superiores del ramillete.

Cuando *Henna-Hannahouri* estuvo sola, leyó y releó muchas veces el amoroso ramo, que tan bien correspondia á sus secretos impulsos: después quedó sumida en un estático arrobamiento, y fué pasando en revista las circunstancias mas ténues de su encuentro de la vispera. Veia al jóven que la miraba con ternura, y sus miradas y su imagen se grababan profundamente en su memoria. Al cabo de algunos minutos de divagacion amorosa, resolvió contestar á su amante con otro ramo, en que al paso que le enviaba toda su alma, le daba á conocer todo su talento, temerosa de desmerecer sin duda, en concepto del que para ella era ya mucho mas que el mundo entero.

Contar las frases alimbaradas y gigantescas que *Henna-Hannahouri* escribió en su ramillete, seria un empeño minucioso y ridiculo que estraviaria la marcha de nuestra narracion. Baste decir, que ostentaba en propio y figurado lenguaje las flores mas esquisitas de los pensiles orientales, conteniendo tambien no menos amor que flores, ni menos talento que amor.

*Ben-Cadour* quedó embelesado con el éxito de su conquista, y dirigió á su bella agarena otro mensaje tan espiritual, amante y perfumado como el que de ella acababa de recibir. Pronto este cambio de sentimientos odoríferos llegó á hacerse diario entre los jóvenes, sin que por eso dejasen de permutar miradas no menos significativas que tumultuosas, siempre que *Henna-Hannahouri* salia de su casa con motivo del baño ó por cualquier otra causa.

Las cosas continuaron de este modo mucho tiempo no muy á gusto de la jóven, porque *Ben-Cadour*, fingiendo ser siempre el hijo de un rico comerciante de la ciudad, aparentaba no atreverse á pedir en matrimonio



á la heredera de un personaje tan elevado como el cadí. Estas lentitudes, calculadas tal vez de propósito, eran aprovechadas por el turco para vencer ciertas diferencias que se oponían desde luego á su matrimonio.

Entre tanto Henna-Hannahouri se fastidiaba horri-



El turco se detuvo entonces y procuró reunir sus recuerdos.

blemente. Hubiera deseado casarse al otro día con su querido Ben-Cadour, y como la boda se alargaba demasiado, la niña enfermó de amor. Y dicen que el cadí estuvo muy inquieto por la salud de su hija, que la visitaba diariamente, y que llamó á un médico franco, á la sazón muy de moda en la ciudad, por la fama de ciertas curas que acababa de operar en algunas señoras, acometidas de males desconocidos. El franco, que mas que médico distinguido era hombre de talento, comprendió la enfermedad de la jóven á la segunda confianza que esta le hizo, y dijo al cadí, que el mal era de peligro, que si quería salvar á su hija debía casarla á toda prisa, pues de lo contrario los síntomas podían hacerse mas graves, y la muerte era una cosa segura.

El cadí se irritó sobremanera al escuchar esta revelación, despues fué ablandándose poco á poco, y como al fin era padre, concluyó por entrar en razón. Para casarte, dijo un día á Hannahouri, sería preciso tener al menos un novio en perspectiva: yo sé que si

que tenía algo adelantado este trabajo, contando siempre y para todos los casos, con su suprema aprobación.

—Por la barba del Profeta, dijo el cadí sonriéndose, veo que eres una hija sumisa, y tan llena de atenciones hacia tu padre, que hubieras sido capaz de casarte sin mi permiso, por librarme del disgusto de la elección.

Como el cadí tomase las cosas por el lado risueño, Hannahouri le manifestó que su elegido se llamaba Ben-Cadour, y era hijo de un honrado comerciante de la ciudad llamado Abou-Cadour: añá lo que había tenido ocasión de verle muchas veces de regreso del baño, é hizo con este motivo en cuatro palabras un retrato tan ventajoso, bajo todos aspectos de su amante, que el cadí no pudo menos de manifestarse lisonjeado con la perspectiva de un yerno de tanto mérito. Hannahouri no habló del velo levantado en la primera entrevista, ni de los ramilletes cotidianos; pero en cambio maniobró con tanta habilidad en torno de las susceptibilidades paternales, que el cadí, habiendo agotado sus argumentos, consintió en dar los primeros pasos cerca de Abou-Cadour, el cual no podría menos de considerarse muy favorecido con este enlace.

El cadí envió pues, á uno de sus *chaouschs* á suplicar políticamente al comerciante, que tuviese la bondad de acercarse á su casa para tratar un asunto de la mayor importancia. El *chaousch*, volvió despues de algunas horas de ausencia, y dijo, que se había informado en todos los bazares, y que nadie conocía al rico comerciante Abou-Cadour; que le habían dirigido por último á un pobre hortelano de aquel nombre, que cultivaba un jardín de su propiedad, y vendía legumbres en el mercado de la plaza, y que lo había traído consigo por si su señoría gustaba hablarle.

Un poco extraño pareció este suceso al cadí; mas como quiera que fuese.—Haced entrar á ese labrador, dijo: quiero verle y hablarle.

El pobre Cadour, fué introducido tan bruscamente en presencia del magistrado, que no pudo menos de presentarse con esa actitud sometida y humillada que toma la pobreza tímida ante la riqueza llena de fausto. A pesar de su buen deseo, el cadí no pudo por su parte hacerse ilusiones respecto á la fortuna de aquel hombre: sus vestidos usados y de tela grosera, su turbante de algodón, sus manos llenas de callos, y su rostro tostado por el sol de Siria, todo indicaba en él que vivía del producto de un trabajo penoso y diario.

Interrumpido sin ceremonia en sus ocupaciones por el *chaousch*, que no había creído deber emplear con el pobre Cadour, mercader de legumbres, la política que tanto se le había recomendado para con el Cadour de presunta riqueza, el hortelano no estaba muy tranquilo respecto á las intenciones del cadí, y aunque su conciencia no le remordía por ninguna falta, el infeliz se hubiera considerado muy dichoso por entonces, con poder escapar con una ó dos docenas de bastonazos.

—¿Os llamais Abou-Cadour? le dijo el juez.

—Si señor, así me llamo, contestó temblando el pobre hortelano.

—¿No sabeis por qué os he hecho venir á mi casa?

—Eso es lo que procuro saber en vano, señor cadí: no sé que haya cometido ningún crimen ni delito; y á

solo vos podeis darme ciertas noticias que necesito, ¿Conoceis á un rico comerciante, llamado como vos Abou-Cadour, que pertenece tal vez á vuestra familia?

—Señor, respondió el hortelano, un poco mas tranquilo, no conozco en la ciudad á ningún rico, ni comerciante de ese nombre, sino es á mi hijo Ben-Cadour, que no es mas rico ni comerciante que su padre.



El cadí visitando á su hija enferma.

—¿Qué edad tiene vuestro hijo? preguntó el cadí.

—Vá á cumplir veinte y cuatro años en el próximo *bairam*.

—¿Es casado ó soltero?

—Soltero, señor.

—Quiero ver á vuestro hijo; id á traerme al instante.

Es singular, dijo para si el magistrado, en cuanto el hortelano hubo dejado la estancia, Henna me habla de cierto Ben-Cadour, heredero de un rico comerciante y venimos á parar en que el tal comerciante no es otro que un pobre trabajador, que vive del producto de sus legumbres y hortalizas. Tengo curiosidad de ver si el hijo corresponde al brillante retrato que de él me ha hecho la loca de Hannahouri. Y el digno cadí aguardaba el regreso del viejo Cadour, con una impaciencia imposible de calmar, ni aun con los torbellinos de blanco humo, que arrojaba de su lujosa pipa.

Abou-Cadour volvió al fin remolcando tras de sí á un tremendo morazo, alto y desgarrado, cuyo traje no era mas brillante que el de su padre, y cuyos restantes pormenores, correspondían exactamente con el conjunto avillanado y casi salvaje de su persona. El cadí no pudo creer que fuese este el Ben-Cadour que su hija le había dibujado con tan mágicos colores.

—¿No tenéis otros hijos? preguntó al viejo Cadour.

—No, señor cadí, este es el único hijo que el cielo se ha dignado concederme.

Es sorprendente, volvió á decir para si el magistrado: despues encarándose con el reciénvenido.

—Jóven, le dijo mirándole severamente (circunstancia que hizo estremecer al bravo Ben-Cadour) no os habeis encontrado alguna vez con una muger... con una muger de alto rango, por ejemplo, que haya dado muestras de distinguirse con algun favor especial.

—Señor, respondió Ben-Cadour poseído de un atur-



Ben-Cadour y su nodriza.

dijera una sola palabra los tendrías á millares; mas sería preciso hacer entonces una elección, y esto es siempre difícil cuando se desea el acierto.

Viendo, pues, la jóven, que lo que mas embarazaba á su padre era la elección de un buen esposo, le dijo dulcemente al oído, que ella podía libertarle de semejante disgusto, eligiendo por sí misma, y aun añá lo,

no ser que mis enemigos (porque por pobre y despreciable que un hombre sea, siempre los tiene) me hayan acusado falsamente de alguna mala acción, no adivino la causa del honor que me dispensais llamándome á vuestro palacio.

—No se trata de crímenes ni de delitos, honrado Cadour, añadió el magistrado: os he hecho llamar, porque



El cadí y su hija Henna-Hannahouri.

dimiento visible: todos los días me encuentro con mugeres de alto rango en las calles, como le sucede á



cualquiera; mas no creo haber sido favorecido por ninguna; y aun cuando asi fuese, seria para mi lo mismo, porque mi ambicion, lejos de encumbrarse tan arriba, se limita á vivir honradamente del producto de mi trabajo.

Decididamente murmuró el cadi, despues de despedir á los dos Cadours, no es este el hombre de quien me ha hablado mi hija: es preciso que haya otro en alguna parte; ¿pero en donde?

Entre tanto los dos Cadours marchaban muy sorprendidos, preguntándose el uno al otro la causa de hallarse mezclados en semejante embrollo con el cadi.

El magistrado volvió cerca de su hija, que aguardaba con una impaciencia fácil de comprender el resultado de esta entrevista. Grandes fueron su desesperacion y desencanto, cuando supo que no habia otros Cadours en la ciudad que dos pobres trabajadores, que jamás habian pensado en ella, circunstancias que hacian considerar ahora como un delirio rematado la tal boda, Henna-Hannahouri lloró á lágrima viva, y creyó que su padre la engañaba: ella sabia mejor que nadie que habia un Ben-Cadour jóven, bello y rico, que la amaba con toda su vida. No podia pues, resignarse á morir sepultada en el olvido, y en un instante de desesperacion confesó á su padre todos sus secretos, mostrándole en testimonio de verdad el último billete de su amante. Es sorprendente, dijo por cuarta vez el cadi despues de leer el escrito; pero en resumidas cuentas, no hay motivo para desesperarse tanto: si ese jóven está tan enamorado de ti como aseguras, vendrá sin duda alguna á pedirte en matrimonio, y entonces será preciso que descubra su verdadero nombre, que por lo visto trata de tener encubierto. Henna-Hannahouri quedó á mediastranquilizada con estas palabras, y se propuso derramar todo el disgusto que oprimia su corazon, en el primer ramillete destinado al que todavia continuaba llamándose su querido Ben-Cadour.

En estos momentos fué anunciada la visita de Abdallá-Bey y de su hijo Ali-Mohamet, que pedian ver al cadi para un asunto de la mas alta importancia.

El cadi se sorprendió muchísimo de la visita de los dos personajes con quienes vivia en no muy buenas relaciones. Digamos una palabra acerca de esta mala inteligencia de las armas y las letras.

Abdallá-Bey, lugarteniente del pachá de Damasco, era, para servirnos de una expresion castizamente española, que explica nuestro parecer sobre el bravo turco, un hombre educado á la pata la llana, en todo el rigor de la frase. Sin que él pudiera remediarlo, sentia una profunda aversion hacia los pekings en general, y hacia las golillas en particular. Esta antipatia era la causa originaria de su rompimiento con el cadi, el cual no habia podido digerir una palabra pronunciada en cierto dia de gala por el bey á punto de tomar el café en compañía de los altos funcionarios del bajalato. «Nuestros jueces, habia dicho guiñando el ojo al cadi, saben demasiado bien cuán preciosa es la justicia para

administrarla de valde á los pobres: por eso la hacen pagar tan cara los muy bergantes, que solamente los

el obsequio con usura, cuantas veces habia estado en su mano conseguirlo. Por estas esplicaciones comprenderá el lector facilmente cuan grande debió ser la sorpresa del cadi al anuncio de la visita del bey y de su hijo. Disimuló no obstante, como turco bien educado, lo que pasaba en su alma, y recibió á los dos visitantes con todos los miramientos cortesianos debidos á su elevada categoria. Cuando hubieron tomado asiento en el divan, y se les sirvió el café y las pipas, que es costumbre ofrecer en semejantes casos:

—Señor cadi, le dijo el bey, algunas disensiones mas superficiales que profundas, pero que no por eso dejan de ser menos enojosas, se han cruzado desde hace algun tiempo entre vuestra señoría y mi persona. Vengo, señor cadi, á suplicaros que olvideis todo esto, y á proponeros una reconciliacion, consagrada por el matrimonio de mi hijo Ali-Mohamet, á quien tengo el honor de presentaros, y vuestra encantadora hija Henna-Hannahouri, la perla mas hermosa de la corona de Damasco.

Esta peticion fué un rayo de luz que iluminó muchas cosas oscuras en un cuarto de hora antes para el viejo cadi. Una mirada indiferente dirigida sobre el jóven Ali, que se mantenía en la postura modesta y reservada propia del aspirante, que quiere cautivar las gracias de un papa-suegro en perspectiva, le dijeron mucho mas que todas sus pesquisas con los dos Cadours.—Conozco perfectamente á este jóven murmuró el cadi, que nunca perdía la costumbre de los monólogos, y sospecho que mi hija lo conoce aun mucho mejor que yo. El paraíso no corresponde de derecho sino á los que lo merecen, y bueno será que yo se lo haga ganar á este jóven.

—Señor bey, dijo en voz alta el cadi, despues de su prolongado aparte, acepto con toda mi alma la reconciliacion que os dignais proponerme; pero siento que no hayais llegado mas á tiempo. Mi hija Henna-Hannahouri está perdida de amor, ¿lo creeríais? por un desdichado de la clase mas humilde del pueblo, llamado Ben-Cadour. He querido distraerla inutilmente de su pasion desatentada; pero como no comia, ni

dormia, ni sosegaba, por evitar mayores desgracias, he creido llamar á Ben-Cadour esta misma mañana, y esplícarle con él. Tengo su palabra y él tiene la mia: dentro de ocho dias se casará con Hannahouri, mi hija primogénita. Ya conoceréis que no puedo menos de estar desesperado, señor bey; sin embargo, hay todavia un medio de arreglarlo todo, sino se opone á ello vuestro ilustre hijo. Supongo que ignorais, como ignora todo el mundo, que Hannahouri tiene una hermana gemela, que no la cede ni en belleza ni en talento; se la parece ademas de tal modo, que no hay nada mas fácil que tomar la una por la otra. Si el nombre de Hannahouri ha causado mas ruido que el de su hermana Yami-

na, esta no ha contribuido menos que aquella á hacerlo célebre, toda vez que siempre han sido confundidas ambas bajo un mismo nombre, y yo, como el avaro que teme ver perdidas sus riquezas, he ocultado cuanto he podido la mitad cuando menos de mi tesoro. Por lo tan-



La mezquita.



Biblioteca turca.

ricos pueden comprarla. El cadi, á quien tal vez remordian algunos pecadillos de este linage, se apropió la alusion, y desde entonces cuantas veces pudo, hizo caer su balanza de juez del lado que podia ser mas desagradable al bey, y este por su parte le habia devuelto



to, hijo de Abdalla-Bey, si lo quereis, á falta de Hannahouri, que arrastra su vida desdichadamente, presa en los lazos de una pasión mal nacida, Yamina será vuestra esposa, y nada será capaz de turbar en lo sucesivo la unión de dos familias, basada desde hoy en la roca indestructible del matrimonio.

Ali no supo que responder: la revelación de esta segunda hija le confundía en un abismo de perplejidades. ¿Era Hannahouri la que él había visto, ó era Yamina? Y luego ese nombre de Ben-Cadour, que había tomado por el suyo propio (porque el lector no ha esperado sin duda nuestro permiso, para reconocer á Ali-Mohamet en el primer Ben-Cadour), ese nombre, decimos, cuyo verdadero propietario comparecía ahora mezclándose sin saber como, en esta secreta intriga; todo ello era un caos lastimoso é incomprensible para la pobre imaginación de Ali-Mohamet. En cuanto al bey, que no había accedido sin mucho esfuerzo á dar los primeros pasos para una reconciliación con el cadí, creyó que no debía asustarse por nada. Le importaba poco además, que su hijo se casase con Yamina ó con Hannahouri, con tal que se casase con alguna, y le parecían otrosí, que su hijo no debía preocuparse por tan poca cosa, mayormente cuando las dos jóvenes se parecían tanto la una á la otra, que no podía haber perjuicio en el cambio.

Respondió en su consecuencia al cadí diciéndole: que estaba encantado de que el asunto pudiera arreglarse del modo que había manifestado: que por lo que respectaba á su hijo, sería dichoso con cualquiera de las dos hermanas. Y sin perder un momento, aboró militarmente una tras otra todas las cuestiones secundarias del matrimonio, tales como la dote, la viudez, etc., etc. Cuando todo estuvo arreglado y concluido, á despecho de la inquietud visible del joven Ali, el bey se despidió del magistrado, y salió de su casa.

—Bien puedes darme las gracias, hijo mío, le dijo el bey cuando estuvo en la calle: tus votos van á ser cumplidos, puesto que al fin te casas con la que amas, ó con la que no amas, que para el caso es lo mismo; y notando que Ali marchaba cabizbajo, añadió: puesto que Yamina se parece á su hermana como una gota á otra gota, ¿qué te importa lo demás?

Ali era de opinión de que el asunto debía importarle demasiado, pero callaba por respeto; se figuraba ver además en lo que había dicho el cadí, una historia forjada á gusto del narrador, cuya secreta intención no podía menos de inquietarle. A contar desde este día, ya no le fué posible al turco introducir el mas pequeño ramillete en casa de la que amaba, ni del campo contrario recibió la mas mínima flor simbólica que pudiese ser interpretada á medida de sus deseos. El trance era terrible para el pobre amante; mas como no podía remediarlo por sí propio, se contentaba con levantar y derribar todos los días una porción de montañas de suposiciones.

A todo esto, no tardó en divulgarse por la ciudad la noticia de que iban á celebrarse dos bodas en casa del cadí. Decíase que Ali-Mohamet llevaba en matrimonio á una de las hijas del magistrado, y que Ben-Cadour se casaba con la otra; esto último daba un poco que hablar á los buenos musulmanes, cuya reputación de taciurnidad no es tan merceda como se piensa.

En las respectivas casas del bey y del cadí, se hacían preparativos suntuosos para celebrar la doble boda con el esplendor conveniente.

Ali veía acercarse el día de su ventura con un dolor mal disimulado, y se desesperaba el infeliz tratando de romper los lazos que le unían á su futura, ahora mas que nunca desconocida; mas como el bey se había comprometido demasiado con el cadí, y como la boda era en definitiva el único medio de terminar antiguas y desagradables desavenencias, no tuvo mas remedio que esperar en silencio los resultados de su dicha contratada sin su permiso.

En Turquía se celebran los matrimonios ante el cadí, quien no hace mas que recibir las declaraciones de las partes contratantes; los maridos no ven á sus mujeres en traje de confianza, sino cuando todo está terminado, y las mujeres se presentan con un velo tan impenetrable, que sería imposible reconocerlas despues de haberlas visto.

El día de las bodas llegó por fin. Nuestros lectores nos permitirán que pasemos en silencio las ceremonias que las acompañaron. Ali y Ben-Cadour recibieron el uno despues del otro sus esposas respectivas, y bien tapadas, de manos del cadí, que en este dñallaba el doble papel de padre y de magistrado.

No sabemos si las fiestas parecieron demasiado largas al pobre Cadour; empero si podemos asegurar que las cabalgatas por las calles, las músicas de atabales y los tiros de fusil que dispararon los amigos durante el paseo en litera de la joven desposada, parecieron de la mas interminable pesadez al impaciente Ali. El ruido y los amigos fueron desapareciendo poco á poco, y los esposos quedaron al fin solos en la cámara nupcial. Este momento, tan ardientemente deseado en otros casos, fué de tristeza y desconsuelo para el enamorado musulmán; temblaba de levantar la gasa que le ocultaba á su muger legítima, por miedo de encontrar una fantasma en vez de su divina Hannahouri. La joven parecía tambien agitada y temblorosa. Por último, Ali cogió una punta del velo con mano vacilante; y lo arrancó del rostro de la tapada con una vivacidad en que había mas cólera que amor; la encantadora figura de la muger, que había entrevisto un solo momento para hacerla soberana de su vida, se presentó á sus ojos estraviados. Ali cayó de rodillas delante de la joven.

—¿Sois Hannahouri ó Yamina? le preguntó con trasporte, ciñéndola la cintura con sus brazos.

—Soy Yamina, contestó la joven, y vos ¿sois Ben-Cadour ó Ali-Mohamet?

—Soy Ali-Mohamet, pero tambien soy Ben-Cadour.

—Y yo, añadió la hermosa musulmana, soy Yamina, pero soy tambien Henna-Hannahouri.

Ben-Cadour, el verdadero Ben-Cadour, acababa de casarse con una esclava de la hija del cadí.

F. SEPULVEDA.

## NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

### CAPITULO VIII.

¡DIOS NOS MIRA!

Yo no puedo sembrar de eternas flores  
La senda que correis de fragil vida,  
Pero si en ella recogeis dolores  
Un alma encontrareis que los divide.  
Yo pasaré con vos por entre abrojos,  
Y el uno al otro apoyo nos daremos,  
Y ambos alzando al cielo nuestros ojos  
Allí la dicha y el amor veremos.  
(Gertrudis Gomez de Avellaneda)

Adela se había sentado en un campé junto á Enrique, é invitándole con una afectuosa sonrisa á que hablase, viendo que permanecía silencioso, añadió:

—Ya estamos solos, Enrique, te escucho.

—Tal vez te reirás de mi capricho, repuso él tristemente; pero solo queria estar á tu lado algunos instantes, oír de tu boca los pormenores de tu enlace, saber si eras dichosa, y por último, despedirme de tí para siempre, por que es probable que no nos volvamos á ver en el mundo. Me voy lejos, muy lejos....

Continuaba lloviendo á cántaros, y los dos jóvenes por un exceso de precaución hablaban tan despacio, que el que estaba en acecho detrás de las cortinas, habiendo variado de resolucion, deseoso de averiguar hasta qué punto eran culpables, nada podía percibir de su coloquio. Solo llegaba á sus oídos un murmullo vago y confuso, y de vez en cuando, algunas palabras ó frases perdidas que entendía mal é interpretaba peor, como era de suponer en una persona predispuesta contra los que las proferían.

Por fortuna las cortinas permitían, aunque confusamente, distinguir los objetos y enterarse de lo que pasaba en el interior del gabinete. Circunstancia que notada con oportunidad por el que estaba oculto, le hizo desistir de su primer propósito.

—Me preguntas muchas cosas á la vez, contestó Adela, y me pides explicaciones sobre cosas de las que mas valiera no hablar, por que al fin, Enrique, eso ya no tiene remedio.... Créeme, lejos de encontrar de ese modo alivio á nuestros males, solo conseguiremos encontrar mas y mas las heridas de nuestro pecho, no cicatrizadas todavía.

—Es verdad.... pero el dolor escitado voluntariamente tiene tambien su voluptuosidad moral; tambien el enfermo postrado por una terrible dolencia, aunque sufre horriblemente, experimenta una amarga y dolorosa satisfacción, cuando el escalpelo del médico busca y encuentra sobre la llaga el origen de sus padecimientos y entre ayes y gemidos logra al fin estirarlo de raíz.

—¡Enrique! ¡Enrique! murmuró Adela enternecida por la triste realidad envuelta en su ingeniosa imagen, ten mas resignación y fortaleza.... Te repito lo que te decía en mi última carta. Vendí mi mano, compré con mi felicidad el honor, el reposo y bienestar de mi familia.... ¿qué habrías tú hecho en mi lugar?

—¿Quién?... ¿yo?..

—Si, tú.

—No lo sé.

—¿No te habrías sacrificado por tu anciana madre?

—¡Ah! si, exclamó el excelente joven, vuelto de su delirio por el santo recuerdo de la que le dió el ser.

—Entonces, Enrique, ¿por qué me preguntas si soy dichosa?... ¿podía yo serlo sin tí?..

—Tienes razon, Adela, hablemos de otra cosa.

—Si, es lo mejor... ahora á mi vez quiero yo hacerte una pregunta.

—Dila.

—¿A dónde piensas irte?

—Lejos, muy lejos.... á España.

—Enrique, tú me ocultas la verdad; tú has venido á verme con ánimo de hacer lo que me decías en tu postrera carta, es decir, con ánimo de atentar contra tu vida.

El joven hizo un movimiento involuntario, como si Adela hubiera puesto inadvertidamente la mano sobre alguna herida secreta de su pecho.

—Si, en vano quieres ocultármelo, continuó ella, mi corazón que nunca me engaña me lo anuncia.... Enrique, en nombre de nuestro antiguo amor, en nombre de tu anciana madre, yo te pido, te ruego, te ordeno que vivas.

Sonrióse Artames con desden y clavó la vista en el suelo, cual si temiese dejar traslucir en su mirada el fatal pensamiento escondido en su alma.

—Amigo mío, prosiguió Adela, tomando y estrechando entre las suyas una de las manos del impetuoso don-

cel, que temblaba, quien sabe si de placer ó de pena, dulce amigo mío, apuremos hasta las heces el cáliz de la amargura cumpliendo nuestro deber. Tal vez la providencia nos reserve en pago de nuestro sacrificio, la recompensa que tarde ó temprano alcanza la virtud en la tierra. A mí la paz del alma, la resignación para cumplir los sagrados deberes que mi estado me impone; tí la calma, la alegría, la felicidad de que ahora careces.... ¿Quién puede adivinar lo que nos guarda el porvenir!.... Eres muy joven todavía; y la gloria, los honores, la fortuna, acaso otros nuevos amores llenarán muy pronto el vacío de tu corazón....

—¡Imposible! exclamó Enrique con la convicción de escepticismo; ¡imposible! hombres como yo no se satisfacen con el humo de la gloria, con el oropel de la grandeza, ni con el favor de la fortuna; hombres como yo aman sino una vez en su vida.... ¿y dónde, dónde encontraré otra muger que iguale á la que he perdido?..

—Búscala y la encontrarás; sobran en el mundo, la virtud, la belleza, la gracia, el talento, no son patrimonio de nadie. Existen en la sociedad mil jóvenes que reúnen esas cualidades en un grado mas eminente que yo.... Créeme, Enrique, con los recomendables dotes que te ha prodigado la naturaleza, no tardarás en encontrarla. Todavía la Providencia te reserva un tesoro de felicidad.

—¡En la tumba!.... murmuró el desgraciado amante con voz ininteligible.

—Yo siempre seré tu amiga, tu hermana.... y nada mas. Rogaré á Dios por tu ventura, y el día que te vea feliz, me creeré recompensada de todo lo que he perdido al perderte. Ese día será el mas bello de mi vida.

Adela lloraba y oprimía fuertemente la mano de su amante, que oía con la cabeza baja sus apasionadas palabras. El augustiado acento de la primera, y las lágrimas que derramaba, hicieron comprender al segundo cuanto debía sufrir. Tambien él tenía húmedos los ojos y embargada la voz.

Miráronse de hito en hito, y entonces, solo entonces conocieron cuanto se amaban, y cuan dichosos habían sido unidos el uno al otro.

Aquella muda escena, en que sus dos corazones en alas del sentimiento y la pasión, se hablaban con un misterioso lenguaje que los pobres sonidos de ningún idioma, por rico que sea, alcanzan á expresar, difundido en todo su ser, una centella del fuego divino que abrasa á los ángeles. Aspiración á una felicidad que pertenece á otro mundo; santa embriaguez voluptuosa sin vértigos ni deseos terrenales; sed irresistible de elevarse y engrandecerse á los ojos de la persona querida; generoso anhelo de confundir é identificar su existencia con la suya, de sentir, pensar, querer, lo que ella siente, piensa y quiere; triunfo del espíritu sobre la materia; destello inmortal que se desprende del lodo que nos circunda, para revelarnos nuestro origen celeste; heroísmo y ciego impulso que arroja al mártir á la hoguera, guerrero entre los humeantes cañones, al misionero en medio de las hordas salvajes, y á Jesucristo sobre la cruz que debía redimir al linaje humano!

A su brillante luz purificadora, Enrique sintió rasgarse la venda que cubría sus ojos, y pudo sondear todo el egoísmo de su desesperación: para no sufrir, apeló al remedio de los cobardes, al suicidio; se hundía en la eternidad, condenaba á su amante á llorarle toda su vida, y le legaba en premio de su entrañable cariño el remordimiento de haber causado su muerte.

En tanto ella, como si adivinase lo que estaba pensando, le dijo:

—Dios nos mira, Enrique, y él, no lo dudes, porque es justo y bueno, tendrá piedad de nosotros.... Seamos virtuosos como hasta aquí, perseveremos en el bien para hacernos dignos de su bondad. Sostengámonos mutuamente, cual dos peregrinos que suben por distintos senderos una escabrosa montaña, y al divisarse desde lejos, cobran aliento para continuar su marcha, hasta que al fin se encuentran juntos en la cumbre.

—¡Si, viviré, viviré!.... repitió instintivamente Enrique, animado de súbita energía, casi con júbilo, obediendo á la espontánea y generosa resolucion que le comunicaban las consoladoras reflexiones de aquella muger angelical.

—¿Me empeñas tu palabra de honor? ¿me lo juras por la sombra de tu madre?..

—Si.

—Gracias, gracias, Enrique mío, prosiguió Adela con demente alborozo y regocijo, no sabes de que enorme peso me libra tu promesa... ¡oh! ya que eres tan bueno voy á exigirté otro sacrificio, sacrificio inmenso y muy cruel... pero necesario á los dos... ¿Me lo harás?

—Puedo yo negarte algo?... fué la espresiva respuesta de Artames, cuyo noble corazón se había abierto á todas las nobles impresiones de que era capaz, y que en aquel momento dominado por la influencia de la que adoraba con loco frenesí, aunque lo hubiera intentado no habría podido resistir á su magia fascinadora.

—¿Tendrás valor para no verme en algunos años?.. preguntó Adela.

Una contracción dolorosa desfiguró el pálido semblante del gallardo mancebo, y vacilante y dudoso contestó:

—Si tú lo quieres....

—Duro es el sacrificio, pero es necesario... ya entre nosotros no debe haber otras intimidades que las que se permiten entre deudos cercanos. Mi deber y los severos principios en que he sido educada me prohíben olvidarme en adelante que pertenezco á otro hombre. No quiero ultrajarle ni aun con el pensamiento; no quiero justificar sus celos.... solo por esta noche, Enrique, he vuelto á



## CAPITULO IX.

## INSINUACIONES CONYUGALES.

No vanas palabras  
Ni llanto infeliz....  
Solo nos es dado  
Callar y morir.  
(F. de Figueroa.)

Don Luis de Larteman era en efecto el personaje que ocasionaba aquel trastorno.

Aconsejado por los celos, cuando Enrique volvió de su desmayo se alejó de la sala con el pretexto de hacer que le preparasen una habitación; pero volvió a los pocos minutos con gran cautela, y desde el corredor pudo sorprender algunas palabras entre él y su esposa, de las cuales dedujo que pensaban verse esa misma noche. En consecuencia formó su plan, que realizó en la forma y modo que hemos visto mas atrás.

Y si bien es cierto que salió de su habitación y se escondió en la de Adela, resuelto á asesinar á la perjuradora apenas se presentase con su seductor, el largo rato que estuvo en acecho antes y despues de su llegada, dió lugar á que obrase la reflexion.

—Esperemos, se dijo, en la oscuridad puede escapárseme uno de los culpables y entonces quedaria incompleta mi venganza.

La entrevista de Adela y Enrique duró cerca de una hora; pero ya hemos indicado que la distancia que los separaba de don Luis, el ruido de la lluvia y la precaución de hablar en voz baja impedían que él se hiciera cargo de lo que decían; solo llegaba á sus oídos un murmullo vago y confuso y de vez en cuando algunas palabras ó frases perdidas que entendía mal é interpretaba peor, como de suponer era, en una persona cegada por los celos y predispuesta de antemano contra los que las proferían.

Don Luis, partiendo de un supuesto falso, atribuyó su larga conversacion á enojo de Enrique; se imaginó que antes de su matrimonio habian tenido estrechas relaciones, y cuando vió que se abrazaban y que sus labios se unían, pensó que habrian hecho las paces y que trataban de consumir su afrenta.

Entonces la sangre se agolpó á su cabeza, la razon le abandonó, y llevado de un ciego impulso que no fué dueño de reprimir, empujó la puerta con ira, y se presentó á ellos imponente, amenazador, terrible como la cabeza de Medusa que tenia la virtud de trasformar en piedra á los que la miraban.

Don Luis se habia adelantado al medio del aposento brotando fuego por los airados ojos, trémulos de indignacion los labios y con la diestra mano metida en la abertura de su levita acariciando el pomo del puñal que llevaba oculto: tal vez la serenidad y arrojo de Artames que parecia dispuesto á defenderse y á defender á Adela hasta rendir el postrer aliento, y sobre todo, el temor de que aquella llamase en su auxilio mientras luchase con él, contribuyeron á que conservase en la vaina el arma homicida y opinase que lo mas conveniente era separarlos y despues tratar á cada uno como merecia; á ella como á una adúltera, infame, mancillada antes de recibir su nombre; y á él como á un desleal caballero que no contento con haberla prostituido, venia á arrojarle al rostro su deshonor en su propia casa.

El infierno sin duda le inspiraba tales pensamientos y le devolvía la calma suficiente para obrar y espresarse en términos que no dejase traslucir sus futuras intenciones.

—Podeis retiraros, caballero,—dijo á Enrique con una dignidad glacial que le llenó de asombro y de despecho, atendido el carácter irritable é impetuoso del que así le hablaba.

El imprudente doncel, solo aguardaba un ademán, un gesto, una palabra dura para precipitarse sobre él, y romperle en la cabeza la silla que tenia en la mano. Su afectada tranquilidad le desarmó, y una mirada suplicante de Adela le hizo adivinar que lo mejor que podía hacer para no agravar su situacion, era seguir el consejo de su marido.

Con todo, antes de irse, previendo las esplicaciones que iban á tener lugar, se acercó á él, y le dijo:

—Don Luis, os juro por mi honor, que vuestra esposa de nada tiene que ruborizarse. Está inocente....

—Yo no os pido esplicaciones, caballero, sino que os retireis, contestó el incrédulo marido con una ironía burlona que rayaba en insulto.

Y cogiendo la lámpara que ardía en el fondo del gabinete, le fué alumbrando hasta llegar á la última puerta. Allí le despidió con esta frase, al parecer insignificante, en la que iba envuelta una terrible amenaza:

—¡Mañana hablaremos!....

—Ahora mismo, si gustais, replicó Enrique con presteza, deseando conjurar la tormenta que iba á caer sobre la pobre Adela.

Don Luis, sin dignarse contestar, inclinó levemente la cabeza, cerró la puerta y echó la llave.

Artames aplicó el oído á la cerradura, y como si adivinase el riesgo inminente que corría la vida de su amada, oprimido el corazón, atribulado y anheloso, esperó el resultado de aquella fatal entrevista.

Al principio nada pudo oír, porque la lluvia continuaba; poco despues esta cesó, y el eco le trajo algunas palabras, algunas frases sueltas, que le bastaron para enterarle de lo que se trataba.

Larteman habia vuelto con paso acelerado al gabinete, donde le esperaba Adela, humilde sin hajeza, tranquila sin hacer alarde de su sangre fria, resignada sin orgullo.

—¡Ahora, infame!—esclamó aquel cogiéndola brutalmente de un brazo, y obligándola á que cayese de rodillas; ahora, aleve, ahora prepárate á morir. Pídele á Dios misericordia.....

La acerada hoja del puñal brilló desnuda, amagando el seno de su víctima.

Pero Adela, en vez de atemorizarse, juntó las manos en ademán de súplica, y le miró con una espresion tal de feroz é insensata alegría, que el puñal quedó suspendido en el aire, temblando como la pluma de un cisne que vaga indecisa sobre la faz de un lago en calma, cual si al ir á caer, la invisible mano de un ángel hubiese asegurado la muñeca del asesino.

—¡Mátame, si, mátame! le decia ella, prefiero la muerte á vivir contigo!

Ya lo hemos dicho: Larteman no tuvo valor para herirla; el hierro matador se le cayó de las manos. La sorpresa y la rabia de ver que acogía con júbilo hasta la misma muerte con tal de no pertenecerle, paralizaron su brazo. Tal vez si hubiese ella implorado misericordia, habria sido él implacable, tal vez si hubiese ella amado la vida porque esperase alguna felicidad del porvenir, comprada á costa de un crimen, se habria él gozado en cortar con el hilo de su existencia el de sus esperanzas. ¡Incomprensibles anomalías del corazón humano que nos fuerzan á menudo á querer y á hacer lo contrario de lo que debiéramos! Misteriosa ley de los contrastes, que tanto en el mundo moral como en el físico, nos llevan por distintos caminos al fin que mas conviene á los ocultos designios de la Providencia!

—¡No, no!.... puesto que deseas verte libre de mí,—respondió don Luis,—vive, pero vive para espiar el mal que me has hecho..... El amor que te tenia, ha empezado á cambiarse en odio!

Hasta ahora he respetado tus caprichos creyéndote digna de consideracion; de hoy en adelante, te trataré como mereces. Harás de grado ó por fuerza lo que te mande, y si no lo haces, ¡ay de tí!.... ya no te tendré mas contemplaciones; me acordaré que soy tu marido para lo que sepa que mas te desagrada..... La última de mis esclavas será de mejor condicion que tú!....

Adela, que permanecía de rodillas con la cabeza inclinada sobre el hombro, la mirada fija y altanera, oyendo impasible aquel torrente de insultos que salían de los labios de su marido, levantóse y fué á sentarse en el camapé, dándole á entender con su elocuente silencio, que sus amenazas no la amedrentaban, á pesar que nunca le habia visto tan irritado, y que le creia muy capaz de todas las villanías que estaba enumerando.

—En cuanto á tu cómplice,—continuó don Luis mas furioso por el poco caso que su consorte aparentaba hacer de sus palabras,—me vengaré de él como se vengán los hombres. No cabemos los dos en el mundo..... es preciso que uno baje á la tumba; ¡sí, es preciso que el sol de mañana no brille para tu aleve seductor!

Adela, que habia escuchado con serenidad las amenazas dirigidas á ella, tembló al considerar que corría peligro la vida de su amante.

—¡Ah! os juro que no volverá mas á verme, exclamó incorporándose en el camapé y tendiéndole las manos juntas en la humilde actitud del que suplica á un enemigo inexorable, sediento de venganza; hoy mismo saldará de aqui con la luz del alba.... sed generoso con él si quereis que olvide lo que de otro modo nunca olvidaré.... ¿Qué culpa tiene él si me ha conocido y amado antes que vos?

Larteman le volvió la espalda con desprecio, y llegó hasta la última puerta seguido de su esposa, que gemía y lloraba queriendo en vano detenerle y darle esplicaciones que él se empeñaba en no oír.

Enrique al sentir que se aproximaban, retiróse con cautela y se encaminó á su cuarto.

Los extraños acontecimientos de aquella noche, las pocas palabras que acaba de escuchar le sumerjieron otra vez en la negra melancolía, en el hastío de cuanto le rodeaba, en el ansia devoradora de arrebatarse la vida de que momentáneamente habia conseguido curarle Adela, tanto mas temible ahora, cuanto su delirio estaba basado en un sentimiento generoso y grande que hasta cierto punto disculpaba el extravío de sus ideas. El desgraciado queria con su muerte rehabilitar el honor de la que adoraba, comprometido por una imprudencia suya á los ojos de don Luis, incapaz en su grosero materialismo de comprender la pureza y santidad de su amor.

En tal estado penetró en su cuarto; dejóse caer en una silla, sacó una carta que llevaba siempre consigo en una carterita de tafete verde, y preparábase á leerla, cuando la puerta que habia quedado medio entornada se abrió de golpe, y entró don Luis Larteman con dos pistolas en la mano.

## CAPITULO X.

## UN CELOSO Y UN ENAMORADO, O LO QUE ES LO MISMO, DOS LOCOS.

En mi mente fatal un pensamiento  
Hay de acerbo dolor y de amargura!

Siempre nublado el sol de mi esperanza!  
Siempre mi suerte y mi destino igual!

(Francisco X. de Acha.)

Enrique levantó la cabeza, y con la mayor serenidad, sin que le sorprendiese aquella brusca manera de presentarse, aguardó á que su rival se tomase la molestia de dirigirle la palabra, pues harto comprendía el objeto de su visita.



—Caballero,—le dijo don Luis presentándole las dos pistolas,—escoged de estas dos armas la que mas os agrade. Despues de lo que ha pasado sería necedad perder el tiempo en esplicaciones inútiles. Seguidme....

—Tened la bondad de escucharme diez minutos, contestó Enrique con calma. Los celos os ofuscan, y aunque las apariencias me condenan, estoy seguro que mudareis de opinion apenas os manifeste la verdad de los hechos.

Larteman impaciente golpeó con el cañon de una de las pistolas sobre la mesa, indicándole que la tomase, y señaló con la otra hacia la puerta para que saliese.

—Os suplico que me escuchéis—continuó Artames impasible;—el honor, el reposo de Adela, vuestra propia conveniencia así lo exigen.

—¡Pesado estais!

—¡Oídme!

—¡No quiero!

—Al fin y al cabo, nada sacariais con matarme ó que os matase.... porque todo puede ser.

—Sabed—esclamó don Luis ya exasperado,—que vengo resuelto á no escuchar ni una palabra. Nada quiero saber. Me basta y me sobra con lo que he visto.

—Pues si nada quereis saber, tampoco yo quiero batirme.

Larteman atribuyó á cobardía lo que era efecto del juramento que Enrique acababa de hacer á su consorte, y tambien del estado en que se encontraba su espíritu. El desgraciado conocia á fondo el carácter de Adela, y estaba convencido de que por mas que se sintiese dis-

puesta á perdonarle, nunca uniria su mano á la del asesino de su esposo, porque como ella le habia manifestado, los remordimientos levantarían entre ambos una barrera mas insuperable que la que ya los separaba.

—Sois un cobarde, un villano, un vil seductor, incapaz de volver dignamente por la honra de la muger á quien habeis perdido!.... gritó don Luis cegado por la falsa creencia de que su rival temblaba, y retrocedia ante la posibilidad de morir.

Tamaño ultraje, despertó al valiente y pundonoroso jóven del marasmo físico-moral en que le tenia sumergido la idea fija del suicidio, y produjo en su nerviosa naturaleza el mismo efecto que á un paralítico la aplicacion de un hierro candente que le devuelve el uso de sus miembros entorpecidos: irguióse de pronto, arrebató una de las pistolas á don Luis, y con la mirada centelleante, enarcadas las cejas, contraídos los labios, gritó á su vez con estridente, avasalladora voz:

—¡Salgamos!

—¡Salgamos!—repitió Larteman siguiendo con dificultad su marcha acelerada.

Pero no bien traspusieron el umbral, y caminaron diez ó doce pasos, Enrique, vuelto de su enagenacion, recordó el terrible dilema de su amada, su juramento y su primer propósito, y como si una fuerza superior á su voluntad le obligase á retroceder, volvió á entrar en el cuarto, y arrojó la pistola sobre la mesa, diciendo:

—Es imposible.... no puedo batirme con vos, señor don Luis. Esa muger á quien columniais, á quien creéis culpable....

Artames se detuvo indeciso, dudando si deberia concluir la frase.

—¿Y bien? repuso su adversario interrogándole con el gesto y la mirada.

—Esa muger,—noble y generosa como ella sola puede serlo,—me ha prohibido que os mate....

—Escusas, pretextos, miserables subterfugios para cohonestar vuestra cobardía, replicó el ultrajado esposo con todo el desprecio y altivez que la supuesta debilidad de Artames le infundia.

—Calificad mi conducta como gustéis, pronto, muy pronto, mas pronto tal vez de lo que juzgais, espero probaros que no soy ni un cobarde ni un villano.

—El hombre que provocado rehusa batirse con el que ha ofendido, jamás puede justificar su vileza. La dignidad de hombre es antes que todo, y el que dejase-llar su frente con el baldon de la ignominia mal podrá luego rehabilitarse y lavar su afrenta.

—Muy equivocado estais, don Luis.

—¡Eh! basta.... yo sé lo que me resta que hacer. Ya está amaneciendo; dentro de pocos instantes empezarán á llegar los que han de concurrir á la batida. Aprovechad esos momentos para alejaros de aqui, y si estais en algo vuestra vida, procurad que no os encuentre yo á mi vuelta; procurad olvidaros para siempre de ella, y huir siempre del punto donde se halle.... porque, amigo mio, puesto que no sabeis ni sois capaz de batiros, yo sabré y soy capaz de asesinaros ó mandaros asesinar, en cuanto sospeche que pretendéis burlarme otra vez.

(Se continuará.)

### AMISTAD CONTEMPORANEA.

En el siglo diez y nueve la amistad es un sarcasmo; todos la rendimos culto, ninguno la veneramos.

¡Cuánto amor, cuánto cariño!

¡Afectos imaginarios!

¡Mentirosas apariencias, porque sin duda llevamos

la hiel en el corazon,

y la sonrisa en los labios.

«Recibe mi enhorabuena,

esclamaba un literato,

dirigiéndose á otro tal

y apretándole la mano;

tu triunfo ha sido completo,

merecidos tus aplausos,

eres hombre de valia

y la gloria del Parnaso....»

Pero al volver las espaldas,

la sonrisa variando

en ceño, dice mohino:

«¡Infeliz! ¡Qué mentecato!

En su comedia no hay plan,

no hay carácter, no hay diálogo,

el argumento es muy pobre

y ademas muy rutinario;

pero el público le aplaude

con júbilo y entusiasmo,

saca su tanto por ciento

y se ve lisongeadó.»

¿Quién al ver esta apariencia

no asegura que llevamos

la hiel en el corazon

y la sonrisa en los labios?

Sócrates hizo una casa

de tan reducido espacio

que apenas andar podia;

y cuentan que un ciudadano

al ver tan chica morada

para el eminente sabio

le reconvinó diciendo

que merecia un palacio;

pero el filósofo grave

respondió: «¡Quieran los hados

pueda llenarla de amigos!»

Sócrates los ha buscado,

pero no los encontró

en períodos tan lejanos.

En el siglo diez y nueve,

en tiempos tan ilustrados,

reinan la amabilidad



Amistad contemporánea.

la finura y el buen trato; se prodigan las ofertas; nos apretamos las manos; pero tambien es verdad que al mismo tiempo llevamos, la hiel en el corazon y la sonrisa en los labios. Y la palabra de amigo, se repite á cada paso: «me espera un amigo en casa» dice Pedro muy ufano. «¿Y para qué?» le preguntan «Para fastidiarme un rato: le he convidado á comer y es preciso estar temprano. Te aseguro que ese cocoro siempre me está fastidiando con sus frecuentes visitas.» y marcha como un relámpago. Llega á casa, y le recibe apretándole la mano, le presenta á su familia y le colma de agasajos; pero al mismo tiempo siente el aumento de los platos que necesita su mesa por causa del convidado. Mas es preciso fingir, que en este mundo, llevamos, la hiel en el corazon y la sonrisa en los labios. «¿Conoce usted á Fonseca?» «Mucho ¡excelente muchacho! es amigo muy antiguo.... como que nos tuteamos. Le conocí en un café, vamos juntos al teatro, es de mi color político.... Si, señor, chico muy guapo. No obstante, yo estuve preso, el año cuarenta y cuatro, y el picaro no fué á verme; pero despues me he enterado de la causa; me dijeron, que estuvo el pobre muy malo.» «¿Quí, no señor, habla el otro, de seguro le engañaron. El temió comprometerse y así no le ha visitado.» «¿Quien al ver tales ejemplos, ha de dudar que llevamos, la hiel en el corazon y la sonrisa en los labios?»

### AVISO IMPORTANTE.

Con el presente número se reparte la pieza de música que ofrecimos en el prospecto como regalo de Navidad.

Habiéndose agotado totalmente la edicion de la obra *Aventuras de los viajeros mas célebres*, que hemos dado gratis á los suscritores de LA SEMANA, no siendo posible hacer nueva edicion, se dará en lugar de ella, á los que tengan derecho á recibirla la obra ú obras que escojan entre las del catálogo general del Establecimiento, hasta la cantidad de 20 rs., advirtiéndole que el 31 del corriente concluye el plazo para admitir suscripciones con opcion á los regalos, que este plazo es improrogable. En el mes de enero próximo se repartirá el catálogo á todos los suscritores.

Habiendo escedido la suscripcion de LA SEMANA á nuestros cálculos, fué preciso desde el cuarto número de este tomo aumentar la tirada y reimprimir los números primeros; pero ni aun esto ha bastado y actualmente tampoco tenemos ejemplares completos de los números publicados desde noviembre hasta la fecha. Los que gusten suscribirse por un año deben hacerlo en el concepto de que tardarán en recibir dichos números bastante tiempo, porque las atenciones del establecimiento no permiten que hagamos la reimpresion tan de prisa como quisiéramos. Los que no se conformen con esperar pueden hacer la suscripcion por trimestres á contar desde 1.º de enero próximo.

Rogamos á nuestros corresponsales tengan presente estas advertencias para evitar reclamaciones inútiles. A medida que se reimpriman los números se enviarán á los suscritores.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.—Establ. Tipogr. calle de Santa Teresa, n. 8.